

Versiones de la realidad

ANGEL LUIS PEREZ VILLEN

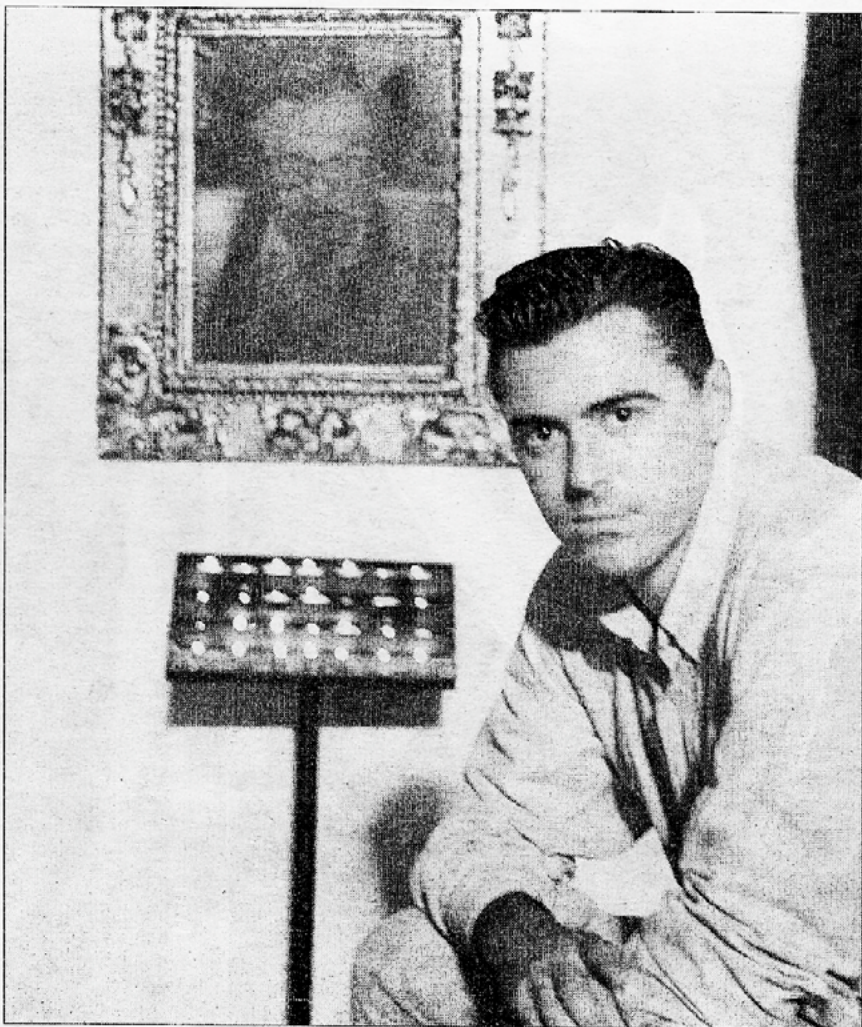
Aunque en algunas ocasiones se nos antoje que las manifestaciones artísticas contemporáneas naveguen a la deriva del sentido y sucumban a los cantos de sirena de las nuevas tecnologías, no lo es tanto si nos atenemos a los propósitos de sus autores. Quiero decir que una obra es su discurso y el vehículo que hace posible la comunicación de éste. Por lo general cuando la trama argumental no necesita de explicaciones añadidas sino que sólo con aprehender la obra se accede a su contenido, valoramos explícitamente el artificio, sin embargo cuando se hace necesaria la información previa para leer en su conjunto una obra, es esa documentación previa la que se constituye en elemento a valorar más que el artefacto en sí. Esta situación, que desgraciadamente aún persiste y que no se puede reducir en exclusiva al ámbito contemporáneo de la producción artística, está siendo superada por el público, cada día más ajeno a las discusiones de teóricos y especialistas, pero sabio por experiencia y sensibilidad a la hora de discernir entre obras de calidad y sucedáneos. Viene todo ello a cuenta de la exposición de Tete Álvarez, último artista becado de Artes Plásticas de la Diputación, en cuyo salón de actos podemos contemplar hasta este fin de semana el fruto de un año de trabajo.

Sin explicaciones

El resultado es un conjunto de diez instalaciones en las que el espectador no necesitará practicar esa dicotomía apoyo de muletas y explicaciones. No es que todo se resuelva en la obviedad de las proposiciones y en la redundancia de los planteamientos, pero una vez negociada la imprescindible complicidad y asegurada una aproximación reflexiva, el público sabrá disfrutar de esta obra multimedia. Su autor ya nos tiene acostumbrados al empleo de varios soportes, sean fotográficos o videográficos y a lidiar con el espacio en que éstos se insertan para redefinir sus uso y adherirle una importancia determinada que condicionará nuestra experiencia —su lectura— al invadirlo.

Desde un punto de vista estrictamente disciplinar resultaría muy difícil deslindar lo que de pintura, fotografía o escultura hay en su obra, si bien son el vídeo y la fotografía en su mediación con la televisión los recursos preliminares con los que cuenta su trabajo.

En sus primeras obras —recordemos la instalación *Pausa* y *Tono* en la Sala Viana o *Paisajes*, pieza con la que obtiene la



El artista cordobés Tete Álvarez.

Beca de Artes Plásticas de la Diputación— ya se apuntaba el deslizamiento que en un medio de comunicación de masas como es la televisión se perpetra entre realidad y ficción, pasando ésta a ocupar un lugar de privilegio en la representación de aquella y negándosele al espectador la posibilidad de aprehender cualquier atisbo de realidad que no sea su reflejo mediático. En esta línea crítica con el medio televisivo sigue cimentándose buena parte de su trabajo más reciente y prueba de ello son las exclusiones del individuo del proceso comunicativo en *Nadie llama a tu puerta*, la globalización del espectáculo mediático en *¡Qué pequeño es el mundo!*, la naturaleza del artificio mediático en *Espacio* para la observación de la naturaleza y su interminable representación en *El espectáculo debe continuar*, así como los falsos símbolos que se autoerigen en mediadores en *El Becerro de Oro* y la

fatuidad de los mensajes puestos en circulación en *Clapers*.

Pero esta desconfianza se generaliza y apunta hacia cualquier sistema de representación de la realidad y hacia cualquier mirada que no se sustente en la inmediatez física de su experiencia, como queda de manifiesto en *Si Título* (Manzanas). El tiempo, un elemento consustancial al medio del vídeo y que en Tete Álvarez cobra una especial significación, como pudimos comprobar en la Filmoteca de Andalucía con su instalación *Código de Tiempos*, vuelve a insertarse como paradigma de conocimiento en *Nosce te ipsum*.

Por último, en *Uno y otro lado* se nos hace partícipe del espacio en que se perpetra la representación en tiempo real, mixtificando la escena hasta otorgarnos la doble condición de ser testigos de nuestra propia experiencia.